

que ahora empezamos a descubrir, centrándose, sobre todo, en el nivel de la pareja humana o del pequeño grupo.

El primer factor a tener en cuenta es del fallo de los procedimientos de sentido común. Es necesario un esfuerzo imaginativo para superar los estrechos límites de lo usual. Si no, la mayor parte de las veces no se produce la revolución de la situación que queremos transformar.

El segundo elemento a tener en cuenta es el de la manipulación. ¿Hasta qué punto el respeto a la libertad y el ejercicio de la influencia deben continuarse? Porque si dejamos al individuo sin influir en él conseguiremos así solamente la falacia de la libertad, pero en realidad nos encontramos —por ejemplo, en el plano de la educación— con la actitud "permissiva" que abre el camino a toda suerte de eficaces influencias negativas de la sociedad sobre el individuo, que se encuentra sin defensas ante ella, y hacemos de este modo aparentemente respetuoso un gran perjuicio a la verdadera libertad de decisión personal consciente, porque dejamos al ser humano al azar de las poderosas influencias automáticas del ambiente.

Otro aspecto es el del cambio aparente. Parece a veces que cambiamos mucho, pero el esquema de fondo queda el mismo. Es, por ejemplo, lo que apreciamos entre dos polos opuestos: el de la ultraderecha política y el de la ultrazquierda. Ambas parecen opuestas, pero sus estructuras mentales son análogas (violencia, antidemocracia, simplificación de los problemas, activismo...).

Llegamos así a la conclusión de que se necesita un agudo uso de la inteligencia y de la intuición para no caer en las redes del simplismo que engaña y no produce el cambio que se necesita. Un nuevo realismo es necesario —lo vemos bien claro en nuestra política actual española—. Sin él, daremos —como estamos dando— palos de ciego y nos acercaremos sin quererlo al extremo contrario de aquel que queremos alcanzar.

Se pasa así a considerar una cuarta falacia: la de querer resolver los problemas aplicando la receta cuantitativa. Si no se resuelve un asunto, aplicamos más de lo mismo, y nos equivocamos totalmente porque lo que se precisa es un tratamiento cualitativo distinto y no cuantitativo. De esta manera llega el autor a la conclusión de que la paradoja es uno de los vehículos psicológicos más necesarios para producir el cambio en los seres humanos y en la relación interhumana. Es lo que el mundo oriental descubrió hace siglos con el uso del llamado *Koan*, ese ejercicio mental por medio de una es-

pecie de jeroglíficos que no tienen solución alguna de sentido común, pero que stimulan el cambio de actitud ante la vida. Se llega así, casi sin darnos cuenta, al problema teórico y práctico del "metalinguaje", de la "metalógica" y del "metajuego", que debíamos conocer mejor los mortales que vamos recorriendo paso a paso el mundo corriente, sin saber cómo salir de los atrozantes problemas que nos envuelven y acosan, quedando por eso nuestra pequeña lógica presa en ellos y sin salida visible a pesar de nuestros estériles y agotadores esfuerzos.

Hace ya años, el psicólogo Dunlap descubrió la eficacia psicológica de los métodos paradójicos para autodominarse o para superar nuestros fallos. Más tarde fue el psicoterapeuta vienés Viktor Frankl quien lo aplicó con gran éxito a la curación de neurosis (ver su libro "La psicoterapia en la práctica médica"). Y hoy estos investigadores y clínicos norteamericanos autores de este otro libro nos proponen este camino para la solución de los problemas de la interacción humana.

La lectura de un libro así —realísticamente inconformista— es un descanso dentro del prosaísmo raquítico de nuestro pensamiento occidental actual o de la inoperancia vital de muchas de nuestras actitudes sociales más verbales que eficaces. Por supuesto que no descubren los autores ni pretenden descubrir el Mediterráneo, pero aportan una valiosa contribución al entendimiento y solución de la relación entre seres humanos que tienen conflictos constantes en nuestro mundo actual con el contacto y convivencia humana cotidiana (padres, matrimonios, enseñantes, políticos...). Y en menor escala, pero inicialmente, puede aportar también el libro algo al problema del cambio social en una sociedad como la nuestra, que se encuentra demasiado anquilosada por rutinas, o que sólo piensa en salir de ello por medio de un radicalismo excesivamente ingenuo y superficial que resulta ineficaz a la larga. ■ E. MIRET MAGDALENA.

Antonio Roig o la confesión herida

La Editorial Planeta en su colección Fábula acaba de publicar un libro testimonial de estremecida sinceridad, de emocionada hondura y noble patetismo: "Todos los parques no son un paraíso". Es ésta la primera obra de un escritor balear, Antonio Roig, a quien el dolor, la soledad y la incompreensión han hecho artis-

ta, ¡y qué artista! Nadie diría, de no saberlo previamente, que éste era su primer libro, pues Antonio Roig domina con singular maestría todos los recursos técnicos de la narración moderna y de la introspección psicológica, técnica que lleva a sus últimas consecuencias para indagar en zonas muy poco exploradas del alma humana. La prosa es sobria y ceñida en ocasiones, orlada de bellas imágenes otras, plagada de estupendos símbolos o tejida de diálogos irreales y delirantes en los momentos en que el dolor opone un inescrutable muro a la esperanza.

Pero con ser el libro muy bueno desde un punto de vista estilístico, no es en el estilo donde hay que buscar su originalidad, lo verdaderamente nuevo está en el contenido, pues la obra refiere —con crudeza o ternura, pero con sinceridad siempre— la profunda verdad humana de un sacerdote que es homosexual. Si Antonio Roig se hubiera confesado homosexual siendo seglar o teniendo la intención de secularizarse, el libro habría promovido, sin duda, un cierto revuelo, pero al menos en ambientes intelectualizados hubiera sido aceptado con toda facilidad, ya que el terreno estaba preparado con la aparición de obras tan relevantes como "Valentín y Heracles", de Gil-Alberti; "El lugar sin límites", de José Donoso; "El beso de la mujer araña", de Manuel Puig, y "Retrato de un matrimonio", de Nigel Nicolson. De los precedentes apuntados, el más significativo es el último, ya que éste es el único libro confesional, siendo los otros novelas o ensayo. Pero Antonio Roig no elige disfraces literarios que puedan atenuar o enturbiar la naturaleza del mensaje transmitido, ni renuncia tampoco a los compromisos adquiridos en su condición de hombre de Iglesia. El piensa —y está plenamente en lo cierto al pensar así— que la homosexualidad no está en pugna con la fe ni es una desviación de la Naturaleza o un pecado nefando; la homosexualidad es tan digna como la heterosexualidad —siempre que una y otra, claro está, sean modos auténticos de enfrentar y de asumir la vida—, y querer negarla o ignorarla vale tanto como ignorar el ser del hombre. Valgan estas palabras como pequeña muestra de la psicología atormentada de estos seres vulnerables con los que la sociedad se ensaña: "El homosexual es un ser ridículo para sí mismo. Una mezcla de culpabilidad y de rebeldía. Destruído por sentimientos contradictorios, el homosexual se agota en un empeño inútil. Quiere hacerse perdonar la existencia... Acepta sin discutir la etiqueta de anormal e invertido que la sociedad le ha colgado. Pero él no será normal

porque se adapte al comportamiento de la mayoría, sino viviendo su propia condición. Se trata de vivir conforme a uno mismo. Lo normal no existe fuera de uno mismo. Por lo demás, nadie puede luchar toda una vida contra sus inclinaciones, y al final se verá obligado a aceptar su propia realidad" (página 38).

Así, pues, la verdad no es única, genérica e inmutable; la verdad es relativa y cambiante, cada generación e incluso cada hombre tiene la suya y hay que respetarla, pues "donde hay un hombre esclavizado, está esclavizada la verdad". En suma: nadie puede pretender monopolizar la verdad ni agotar su esencia, es el punto de vista adoptado el que crea la verdad. Al hacer esta afirmación resuenan en nuestra memoria las palabras llenas de cordura y de comprensión que Don Quijote le dice a Sancho: "Eso que a ti te parece bacía de barbero me parece a mí el yelmo de Membrino y a otro le parecerá otra cosa". De lo dicho anteriormente se deduce la importancia asignada por Antonio Roig al perspectivismo, por lo cual para comprender verdaderamente a otro hombre hay que situarse en su perspectiva existencial. Tras denunciar la cerrazón de una sociedad que, en nombre de una moral alicortada, excluye de su seno al homosexual, motejándolo de corrompido y refinado gustador del placer prohibido, exclama el autor en acertado cambio de óptica: "Si el mundo se volviese al revés y ocurriese que el amor entre distintos sexos pasase a ser considerado como una desviación y fuese perseguido como una perversión de la Naturaleza, entonces esos hombres y mujeres sabrían valorar la angustia de los homosexuales. Porque nadie parece entender aquello de lo que no tiene experiencia" (página 75).

El perspectivismo, a veces, se reviste de humor, de un humor acre que es la forma más eficaz y lúcida de denunciar la injusticia y el fariseísmo humanos: "Un día, cuando tú y yo hayamos muerto, de aquí a cien años quizá, la sociedad organizará su Año Internacional del Homosexual. Vendrá refrendado por los grandes organismos internacionales. Entonces será bien visto y estará de moda hablar del homosexual. Hasta los eclesiásticos de derechas hablarán de nosotros. La Iglesia, como de costumbre, dirá que ella siempre ha entendido y defendido nuestros derechos (¡oh la insufrible autosuficiencia eclesiástica!). En ese Año Mundial se descubrirá que los homosexuales somos personas y, como a personas, se nos reconocerán derechos" (página 74).

En otro espléndido pasaje del



Una leyenda llena de sabor escocés

Un licor, Drambuie.

Genuinamente noble. Durante muchos años, su fórmula fue secreto personal del Príncipe Charles Edward de Escocia. Más tarde, exiliado en la isla de Skye, el Príncipe obsequió la receta al Capitán Mackinnon, por haberle salvado la vida.

Desde entonces, el misterio de su elaboración sigue oculto en la leyenda.

Pero el licor conserva fielmente su original bouquet.

El de un licor de whisky escocés único en el mundo.

Drambuie seco, con hielo picado o mezclado con scotch.

Drambuie para ese regalo especial.

La elección tiene clase. Y 200 años de historia lo garantizan.



DRAMBUIE

Licor de Escocia

UN NUEVO CHRYSLER PARA UN MAÑANA NUEVO YA ESTA AQUI.

Un nuevo mañana más seguro amanece para el automóvil español. Con la llegada del Chrysler 150.

Un hermoso diseño aerodinámico hace que el Chrysler 150 obtenga el máximo provecho del combustible, el aire y la carretera. Un lujoso y confortable habitáculo y una afinada mecánica, lo convierten en una cómoda y firme fortaleza: suave de conducir, estable, resistente, sólida y segura.

Una nueva y esmerada combinación de adelantos, por primera vez en un coche que gasta 6.9 litros. Para abrir paso al nuevo mañana del automóvil.

Con encendido electrónico, tracción delantera,



doble circuito de frenos autoajustables y servofreno, suspensión independiente a las cuatro ruedas, y cigüeñal de 5 apoyos, como algunos de sus detalles definitivos de avanzada tecnología.

El mañana nuevo ya está aquí. Conózcalo en el concesionario Chrysler más próximo.

UN NUEVO CHRYSLER
PARA UN MAÑANA NUEVO.



Young & Rubicam



Utilizamos solo lubricantes CEPSA

CHRYSLER 150



CHRYSLER
ESPAÑA



Antonio Roig.

libro, el humor se hace esperpento, aunque de signo inverso al de Valle-Inclán, ya que se aplica no a rebajar, sino a exaltar al hombre en su limitación y a humanizar a Dios. Es el momento en que el Quebec—bar donde se reúnen los homosexuales— se le presenta a Antonio como un circo y, para ingresar en la cofradía de los payasos, debe decir él mismo sus payasadas, sangrantes pasayadas que son la cobertura riente de una verdad profunda y dolorida. En un chispeante diálogo irreal con los contortulios del bar, el personaje rechaza la idea de un Dios abstracto que ordena al hombre coger la Luna—es decir, lo imposible— y exalta la identidad de un Dios humano que armoniza las bendiciones de la carne con el bienestar del espíritu. Al final, los asistentes-payasos exclaman: "Que se quede. Tiene vocación de payaso. Y ha dicho, en pocos minutos, el primer día, más payasadas que todos juntos en un mes" (página 88).

Sobre el estilo—ágil, nervioso, vivo— gravitan dos influencias decisivas: la de la Biblia y la de Kafka. La influencia bíblica, en especial la que viene de los Proverbios y de los libros proféticos, resuena en multitud de pasajes de corte sentencioso y simbólico. La huella de Kafka es patente en el obsesivo símbolo de la rata—expresión dramática de una persecución humillante y de una naturaleza humillada— y en dos logradadas pesadillas. En una de ellas, en que ambas influencias se superponen y potencian, el alma del personaje se convierte en una perra aulladora que es sacrificada por mujeres coléricas—ante la madre y las hermanas, tras una procesión monstruosa— bajo el cadáver de Judas que sonríe enigmático. La sonrisa de Judas es una proclama de inocencia por parte del personaje, quien se sabe juzgado como traidor por la familia y por la Iglesia.

El diseño estructurador del

libro, aquel que lo vitaliza y justifica, es la búsqueda del propio ser proyectada en el amor hacia otros seres a los que siempre identifica con la figura del padre, un padre imposible que saciara sus anhelos más hondos de protección y de comprensión solícita. Este largo viaje insatisfecho por el interior de las almas es el resultado de una frustración y de una carencia acontecidas en la infancia, pues el padre real sucumbió y se esfumó ante el autoritarismo absorbente de la esposa y las hijas.

Hacia el final del libro, el personaje, ávido de realidad, rechaza la búsqueda obsesiva del padre—búsqueda que llevó a cabo en un tiempo de exclaustación para no comprometer a la Orden—, considerándola como un sueño irrealizable. Con todo, la soledad final no es desgarrada: el Dios del corazón, ese Dios que nunca abandonó al autor, ni incluso en los momentos peores, le asiste, y la búsqueda atormentada del propio ser y de su razón de vivir se cierra en aceptación y en bienestar interior. Así, pues, el libro adopta una forma circular, pero no se trata de un círculo homogéneo; más bien podíamos pensar en dos circunferencias, una inscrita dentro de la otra, la exterior hecha de sombras, la interior, de claridad.

La complejidad y la riqueza del libro no pueden ser apresadas en el breve espacio de un artículo; queden, pues, las presentes y apresuradas reflexiones como llamada de atención a los lectores y como reconocimiento a un escritor novel que tiene voz propia para decir todo aquello que ha de decir sin ambages ni atenuantes. Y ahora, quien tenga oídos en el corazón y ojos en la inteligencia, que oiga y entienda. ■ JOSÉ MAS.

Lecciones de perversidad

"El martillo de las brujas", manual para inquisidores de los dominicos Kraemer y Sprenger, fue un verdadero "best-seller" en el siglo XV. Es un monumental tratado sobre la brujería, los maleficios y la herejía diabólica en general; tratado que no se limita a informar de las supuestas maldades que estos seres perversos podían llevar a cabo con ayuda de sus aliados supranaturales, los demonios, sino que tiene además una gran parte destinada a iluminar a los inquisidores sobre cómo llevar a cabo los interrogatorios, y cómo engañar—con falsas esperanzas de salvación— a las supuestas brujas para que confiesen sus nefandos delitos; cómo torturarlas con el mismo objeto; cómo saber utilizar el testimonio de los niños e

incluso de las personas que tienen motivos de enemistad personal, de odio contra los acusados de brujería. Se trata de un libro maravilloso, como ejemplo moral: muestra claramente cómo la estupidez puede servir de apoyo a la perversidad para hacer daño, matar, torturar y diezmar poblaciones humanas al amparo de la ley y el orden, seculares y eclesiásticos. Nos da, en sus páginas concebidas a modo de lecturas sobre temas escolásticos, apoyados en la patrística y en el pensamiento de las grandes lumbreras de la Iglesia medieval, magistrales lecciones de perversidad. Pues bien, esta obra inícuca, que sirvió de apoyo a cientos y cientos de procesos de brujería, y que ayudó a enviar a la hoguera a miles y miles de personas, ha sido reeditada recientemente por Ediciones Felmar en su colección "Abraxas". La traducción de Miguel Jiménez Monteserín está basada directamente en el original latino que se guarda en la Biblioteca Nacional de Madrid. El texto va precedido de una introducción muy interesante, que no va firmada: en ella se sitúa el libro en su época y se nos dan precisiones sobre sus autores, en un loable intento de hacernos comprender lo incomprendible: cómo un libro tan estúpido y perverso tuvo tal influencia sobre las mentes de su época. Recomiendo su lectura: tal vez el conocimiento de la brutalidad instituida del pasado sirva para hacernos comprender un poco mejor las brutalidades que constituyen la trama institucional de nuestro presente.

"El martillo de las brujas" aparece en un momento de cambio, crisis y conflictos, en una Europa que va abandonando poco a poco los esquemas medievales para entrar en el Renacimiento: Renacimiento mitificado, presentado a nuestros ojos como una época maravillosa de florecimiento del pensamiento y de las artes, y que fue en realidad una época de brutalidades sin cuento, a la que sólo salva la revalorización que en él tuvieron los conceptos artísticos de la Edad Clásica grecorromana y la obra solitaria de algunos pensadores, siempre perseguidos: Giordano Bruno, que fue quemado por la misma Inquisición que achicharraba brujas; Leonardo da Vinci, siempre mal comprendido y que también se vio cerca de la hoguera... En esta época, el miedo acosa a los representantes de las clases poderosas en época medieval, que ven cercana su desaparición como tales: miedo que les impulsa a perseguir con saña cualquier forma de enfrentamiento ideológico a su poder: así, se incrementa de una manera brutal la persecución de las herejías, delitos "de pensamientos" que amenazan la integridad

de la ideología dominante, la de la Iglesia. Y así aparece una herejía mayor que las demás, más difundida y nebulosa, menos "intelectual" y más "popular": la brujería. La brujería, que es prácticamente inventada pieza por pieza por sus perseguidores, los inquisidores: estos, en sus terribles interrogatorios, ejercidos generalmente contra gentes incultas y sin posibilidad alguna de protegerse, recogen las inocentes supersticiones populares—en algunos casos, supervivencias de ritos muchos más antiguos que el cristianismo; en otros, simples adaptaciones de la religión cristiana a las necesidades inmediatas del pueblo: utilización de oraciones, de objetos consagrados o de sacramentos para conseguir efectos mágicos razonables, como la curación de animales enfermos, la lucha contra la sequía, etcétera— y las ordenan en un sistema, surgido por sus propias mentes, creando por completo una especie de "Reli-



Tortura bajo la Inquisición.

gión del Mal", que tiene a Satán por jefe y señor, y a las brujas y magos, por acólitos y sacerdotes: religión "al revés", donde lo más importante es hacer el mal y recrearse en el sexo y en el goce de la materia; religión "materialista", que no se preocupa de la salvación del alma—para los inquisidores, los brujos renunciaban a ésta en el momento mismo en que entraban a formar parte de su oscura confraternidad—, sino de la satisfacción de la carne; religión, en fin, más subversiva que cualquier herejía, pues negaba los mismos valores en los que se fundaba la Iglesia católica, y se difundía principalmente entre las masas populares.

Algunos autores, entre ellos el historiador francés Jules Michelet, han visto en la bruja una especie de rebelde natural, que se yergue frente a la Iglesia y al poder con la fuerza que le da su aliado Satanás, mucho más cercano a ella que el abstracto Dios de los escolásticos. Tal vez esto